

BICENTENARI DEL NAIXEMENT DEL P. JOSEP XIFRÉ I MUSSACH, CMF
Temple del Pare Claret-Vic, 18-2-2017

Father Mathew Vattamattam, Superior General dels Missioners Claretians
P. Provincial
Superior d'aquesta comunitat,
Pares i germans claretians
Família claretiana

La conmemoración del bicentenario del nacimiento del P. Josep Xifré Mussach se hace, en esta celebración eucarística, acción de gracias a Dios por el don de su vida y de su persona, así como oración de intercesión para que el espíritu misionero que se encendió, por obra del Espíritu, en el corazón de san Antonio María Claret y, con él, en el corazón del P. Josep Xifré y de miles y miles de hombres, en los casi ciento ochenta años de historia de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, no cese de arder en el corazón de la Iglesia, para gloria de Dios y bien de la humanidad.

Leyendo y escuchando la vida y la obra de este ilustre hijo de la ciudad de Vic, nacido en la humilde masía de Can Sibius, el 19 de febrero de 1817, en una familia en la que la fe cristiana era el respirar cotidiano y la luz que daba sentido a la vida; un hombre que se dejó cautivar por Dios en el deseo de entregarse a los demás y que en su camino de donación se encontró con Mn. Antoni Maria Claret; leyendo y escuchando su vida, digo, uno entiende que el P. Josep Xifré fue el hombre que, en la hora oportuna, por providencia divina, realizó la voluntad de Dios para que la obra iniciada por san Antonio María Claret se desplegara en toda su potencialidad y se expandiese por los caminos de la misión. Lo que era semilla de mostaza, pequeña y casi insignificante, se hizo un arbusto, un árbol en el que muchos corazones encontraron las ramas para lanzarse a los grandes vuelos de la misión evangelizadora por todo el mundo. Basta solamente recordar este dato impresionante: la congregación claretiana, de doce miembros y una casa, la de Vic, en los casi cuarenta y dos años de su ministerio de superior general, pasó a mil setecientos setenta miembros profesos y sesenta casas.

Ciertamente que a una persona no se la puede juzgar por los «éxitos». Y estoy cierto de que el P. Josep Xifré no vivió estos datos como un éxito personal. Él sólo tenía una cosa clara: vivir con fidelidad su «carrera de misionero», como él mismo se definió en una ocasión: «Mi profesión es de misionero y llevo ya en ella más de cuarenta años.» Pero sí que nosotros debemos dar gracias a Dios por él y por su obra. Casi podríamos y deberíamos llamar al P. Josep Xifré el «segundo fundador» de aquella «grande obra», que brotó del P. Claret. A la muerte del P. Esteve Sala, y al ser elegido el P. Xifré, él intuyó la gran verdad de la confianza en Dios y de lanzarse a la aventura misionera. Dios mismo hizo nacer en el corazón de Josep Xifré grandes deseos misioneros. Y Dios mismo bendijo la respuesta generosa, intrépida con frutos de vocaciones y misiones. Y

siempre es así: Dios da a quien tiene grandes deseos. Deseos achicados llevan a frutos flacos. Deseos grandes llevan a grandes frutos. Pero deseos auténticos, deseos de verdad y de amor, deseos de la sola gloria de Dios y bien de los hombres, sabiendo que la gloria de Dios y el bien del hermano son inseparables. Deseos auténticos en los cuales el «yo» no tiene cabida. Josep Xifré fue un hombre fuerte, práctico, enérgico, capaz de crear conciencia común e ilusión en el trabajo y en los proyectos de todos. Pero, sobre todo, fue un hombre capaz de dejar sus intereses personales por el bien común, por la congregación, por la misión, por la Iglesia, por el bien de las personas concretas, tanto de los miembros de la congregación, de los misioneros, como de las personas de las misiones encomendadas.

claretianos, me place profundamente que celebréis el bicentenario del P. Josep Xifré en la ciudad de Vic. Sé que tenéis como opción fundamental de vuestra congregación no perder vuestra raíz, que tiene en esta tierra su *humus*, en el cual germinó. Quien no ama su pasado no tiene futuro. Haciendo memoria de los que os han precedido, no solamente mostráis que sois personas de corazón agradecido, sino que también manifestáis que os queréis mantener fieles en el carisma misionero y universal de vuestro fundador san Antonio María Claret, dando respuesta en el hoy concreto a la misión evangelizadora, con los retos y desafíos propios de nuestro tiempo. Leemos en el profeta Isaías: *Considerad la roca de donde fuisteis tallados, la cantera de donde fuisteis sacados* (51,1). La roca es el P. Claret, la cantera son aquellos hombres de la tierra de Vic: Esteve Sala, Josep Xifré, Jaume Clotet, Manuel Vilaró, Domènec Fàbregas. Hoy consideramos al P. Xifré, pero en él también agradecemos a todos los que en la larga historia de la congregación han aportado lo mejor de sí mismos para el bien de todos. Quiero hacer presentes a los misioneros claretianos mártires que con su sangre dieron el testimonio más grande de amor a Cristo y son el fruto más precioso de vida y de misión.

La lección que de todos ellos podemos aprender es aquella verdad que, no por ser evidente, no siempre está tan clara: No puede haber evangelización sin evangelizadores: no puede haber misión sin misioneros. Esto es lo que entendió y vivió el P. Josep Xifré y tantos y tantos misioneros claretianos. Nuestro mundo del siglo XXI necesita, como el de los siglos XIX y XX, la misión evangelizadora, para que los hombres y mujeres encuentren la alegría del evangelio. Como nos enseña el papa Francisco: «El gran riesgo del mundo actual... es una tristeza individualista, que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada; pero la alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (cf. EG, 1).

Y, ¿cómo han de ser los evangelizadores, los misioneros, que nuestro mundo necesita? Nos responde el papa Francisco: «Evangelizadores con Espíritu..., evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. Evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso

social y misionero, ni los discursos y praxis sociales y pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón» (EG, 261- 262). Y esto mismo enseñaba el P. Xifré: «El deseo de hacer el bien ha de ser moderado. No deben ni pueden emprender trabajos superiores a sus fuerzas, ni trabajar más horas de las que las fuerzas pueden sostener, sea cual fuere la necesidad. Jamás dejen el Oficio divino ni la meditación, sea cual sea la costumbre, la autorización o la necesidad. Estas dos cosas son el alimento del alma del que jamás se debe ni puede prescindir en nuestra Congregación.»

El P. Josep Xifré Mussach en su último despido nos decía: «Mi muy querida Congregación: Te he amado cuánto he podido hasta el fin, y no te olvidaré en la eternidad. He vivido exclusivamente para Ti, sin perdonar sacrificios ni peligros.» Que éste sea el don que el Señor os dé, claretianos, un amor auténtico y fiel a la congregación en la que vivís vuestra entrega a Dios y a los hermanos en el seno de la Iglesia Católica. Que como el P. Xifré tengáis un corazón lleno de amor a Jesucristo «fijos en él vuestros ojos, vuestra atención, vuestro corazón». Y que siempre descubráis en Jesús la fuente de la misión, como nos enseña el Santo Padre: «Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: *La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante* (Jn 15,8). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama» (EG, 267).

El P. Josep Xifré era un enamorado del Corazón de María y enseñaba: «En todos vuestros apuros, congojas, desolaciones de espíritu; acudid a aquel Corazón purísimo, santísimo, amabilísimo, generosísimo y siempre pronto a compadecerse y socorrer a los que, portándose como verdaderos hijos, le invocan con fervor y confianza.» A María, pues, en el bicentenario del nacimiento de P. Xifré, encomendamos la Congregación claretiana y la gran familia claretiana en su presencia misionera en todo el mundo. Así sea.